

El Cuervo Edgar A. Poe

Tramemos finalmente, en esta extraña muestra de poesías, una traducción –trabajada dónde las haya- de un clásico de Poe que ha sido traducido por lo general de maneras bastante burdas y tristes, hechas para la recitación en silencio. En cambio esta traducción hecha por Ignacio Mariscal publicado en el periódico literario mexicano del s. XIX ‘El Renacimiento’, con fecha de 30 de Marzo de 1867, rebosa de una sonoridad que impulsa, a cualquiera que la lea a recuperar esa sana costumbre de la recitación en alta voz, para ver si de una vez por todas se va matando, poco a poco, esto de que la literatura sólo esté entre papelajos y librajos de pacotilla. (Los editores).

Reina la media noche: calma fúnebre
Se tiende en pos del recio temporal:
Cansado al fin de recorrer volúmenes
De mi estancia en la triste soledad,
Al sueño me rendía, cuando súbito
Un sonido me viene a despertar.
«Alguien está llamando en el vestíbulo:
¡Importuna visita!» exclamo, «¡bah!
Será un necio que venga con farándulas,
Un necio y nada más!»

Pasado ya el turbión, en ayes lúgubres
De lejos se oye al viento suspirar
Sobre el tapiz imágenes fantásticas
Arroja la luz trémula del gas:
Vanamente en los libros un narcótico
A mi acerbo dolor pensé encontrar,
Que hasta mi sueño acibaró la pérdida
De esa adorada, angélica beldad,
Que al cielo para siempre huyó, dejándome
Tormento y nada más.

Meditando seguí: el rumor del céfiro
Las cortinas de seda al agitar
Me hacia estremecer, y un terror pánico
Me tenía clavado en mi sitial,
Repitiendo con aire incierto, estúpido,
Sin dominar por ello mi ansiedad,
Sin dar yo mismo a mis palabras crédito:
«Es alguien que me viene a visitar
Y tocó suavemente en el vestíbulo:
Eso es, eso es no más.»

De repente sentí llenarme de ánimo,
Y esforzando el acento más y más,
«Caballero, o señora,» grité impávido,
«Allá voy: usted ha de dispensar:
Es el caso que estaba ya durmiéndome
Cuando de su venida la señal
Confusa y débil resonó en mi tímpano:
Fue tan suave, que usted comprenderá...
Allá voy.» Y la puerta abrí con ímpetu:
¡Tinieblas, nada más!

Largo tiempo miré el espacio lóbrego,
Receloso, temblando al comenzar,
Absorto al fin en sueño atrevidísimo,
Cual nunca lo soñara otro mortal.
Reinaba hondo silencio por los ámbitos
Del universo, en calma sepulcral:
Solo mi voz lo interrumpió, ¡Felicitas!
Gritando en la vacía inmensidad,
Do un eco débil repitió ¡Felicitas!
Un eco y nada más.

A mi estancia volví cual ciego autómeta,
Con solo un movimiento maquinal,
Y al punto a sonar vuelve toque ríspido
Que su origen trazó con claridad.
«Vaya, vaya» exclamé, «no en el vestíbulo;
Por la ventana quiere alguno entrar.
Vamos, que no tocan los espíritus
De ese modo: el misterio penetrar
Es preciso; de espantos ya dejémonos;
Será el viento no más.»

En esto á la ventana llego rápido,
Y de golpe la abrí de para en par.
A poco revolando entró en mi cámara
Negro cuervo de aspecto funeral,
Y sin más ceremonia ni preámbulo
Que un vuelo silencioso, circular,
Sobre un busto de Palas, grave, tétrico,
Paróse en filósofo ademán:
Posado allí quedó con aire estólido,
Posado y nada mas.

Tan serio continente en aquel pájaro
Parecióme fingida gravedad,
Y su actitud a risa provocándome,
Así con un desenfado empecé á hablar:
«Por tu calva y tu gusto mitológico
Te reconozco al fin, ave infernal:
Cuervo más viejo que Saturno, prófugo
Del reino de la Noche, dime ya
Cuál es tu nombre en la región plutónica;
Y él respondió: «Jamás».

A tan clara respuesta quedé atónito

De un cuervo no pudiéndola esperar,
Si bien al pronto parecióme bárbara,
Sin sentido, ó sin mucha urbanidad;
Pues en verdad no pudo figurárseme
Que un adverbio de tiempo y nada más
Bastara á contestarme, ó que el ridículo
Avechucho que hiciera pedestal
Del sacro busto de una diosa olímpica,
Se nombrara Jamás.

En tanto el cuervo, taciturno, tétrico,
Quedó sin otro acento articular,
Cual si el que lo animaba negro espíritu
En un vocablo comprendiera ya.
Ni un movimiento en su plumaje de ébano,
Ni un rumor descubría al animal;
Hasta que dije con acento lánguido:
«Lo haré mi amigo y pronto volará;
Me dejará cual me dejaron pérfidos...»

El prorrumpió: «Jamás»

Asustado al oír tan pronta réplica,
Que ya no pareció casualidad,
«Tal vez (dije) la ciencia de este pájaro
Tiene esa voz por único caudal,
Y la aprendió de un loco o de una víctima
Del infortunio... Mísero! trovar
Quizá no pudo su canción monótona
Sin esa muletilla, y por final
De cada estrofa recalcó fatídico
Ese «jamás, jamás».

Así pensé, y el misterioso cárabo
Volvió mi fantasía a recrear,

Y a contemplar me puse busto y pájaro,
Tendido muellemente en un diván,
Imaginando en posición tan cómoda
Cuanto pudo la mente cavilar,
Sin penetrar en el sentido místico
(Ni siquiera entendí el gramatical)
Que daba á su graznido el ave exótica
Al repetir jamás.

En medio aquel delirio, ni una sílaba
Dejaba yo a mis labios escapar;
Miraba al cuervo, y su mirar flamígero
Convertía mi mente en un volcán.
Débil, exhausto, mi cabeza lánguida
Reclinaba en la pluma del sofá,
Y a su contacto mi cerebro mórbido
Evocaba una imagen celestial.-
En vano; ya el diván su forma angélica
No ha de oprimir jamás.

Mas al punto un aroma preciosísimo
De incienso comenzóme a circundar,
Y el eco me arrulló de blanda música
Que ahuyentaba del seno todo afán.
«Desdichado,» clamé, «el Señor benéfico
Te envía con sus ángeles la paz:
Apura, apura el delicioso bálsamo,
Y cese tan continuo lamentar;
Olvida para siempre a tu Felicitas...»
Gritó el cuervo: «Jamás.»

«Profeta de dolor, inmundo oráculo,
Ministro aterrador de Satanás,
Ora te envíe Belcebú al Tártaro

Y te arrojara aquí la tempestad
Para engañarme con falaz pronóstico,
O el destino infalible revelar,
«Dime,» exclamé, «por compasión á un mísero
Responde: ¿tendrá término mi mal?
Yo te conjuro por tu dios; respóndeme.»

Y él contestó: «Jamás.»

"Profeta de dolor, inmundo oráculo,
Ministro aterrador de Satanás,
Por ese cielo de esplendor magnífico,
Por su Dios, que obedecen tierra y mar,
Dimes si de la tumba tras el límite,
En la región de inmensa claridad,
Podré ver algún día a mi Felicitas,
Y absorto en su belleza virginal,
A un par de los querubes darle un ósculo...»
El respondió: «Jamás.»

«Esta sea,» grité, «la prenda única
De nuestra despedida, ave infernal;
Húndete pronto en el profundo bátrato,
Tumbos dando al furor del huracán.
No dejes ni una pluma que ni cámara
Me recuerde tu horóscopo fatal.
Vuela ya de ese busto y del vestíbulo;
Suelta, suelta; tu garra pertinaz
Mi alma rompe: retírate, retírate...»

Y él contestó: «Jamás"

Y desde aquella noche el cuervo lóbrego
Posado allí, clavado siempre está
Sobre ese busto de la diosa pálido,
Que le sirve de eterno pedestal.

Fiero demonio vigilando al réprobo,
No aparta de mí un punto su mirar,
Larga sombra arrojando, negra, fúnebre,
Do muere el sol y el luminoso gas...
Ay! de esta sombra que enlutó mi espíritu,
No he de salir... - ¡Jamás!